

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

**Jesús Marchamalo**

**PESSOA,  
GAFAS Y PAJARITA**

**Jesús Marchamalo**

**PESSOA,  
GAFAS Y PAJARITA**

**Ilustraciones de  
Antonio Santos**

**Nørdicalibros**  
2015

- © Jesús Marchamalo
- © De las ilustraciones: Antonio Santos
- © De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: diciembre de 2015

ISBN: 978-84-16440-44-3

IBIC: FA

Depósito Legal: M-36153-2015

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección

y maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y

Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Ángeles Lloro y Manolo Villacampa, inolvidables.  
Y a los habitantes de las islas secretas.*

*Y para nuestro amigo Luis Landero.*

**E**ra fácil verlo caminar por La Baixa, paso resuelto, airoso, diríase marcial bajo la gabardina, como una estatua premonitoria de sí mismo. Vestía traje oscuro, sombrero, gafas y pajarita, mal anudada, lacia como un pájaro muerto sobre el cuello de la camisa de un blanco nuclear, y un bigotito isósceles, ralo y rojizo, que parecía teñido de azafrán, como si se le hubiera oxidado lentamente y precisara de una mano de minio.

Trabajaba, sin un horario fijo, a días, en Lavado, Pinto & Co. como corresponsal de lenguas extranjeras. Un despacho que estaba cerca del Campo das Cebolas, ese lugar de brumas, junto al río, donde desembocaban las calles de suelo ajedrezado, blanco y negro, de la Lisboa imperial y desconchada; empedrados mosaicos, tranvías chirriantes y luz de fluorescente, y esa melancolía trasnochada, contagiosa como una enfermedad.

Fernando António Nogueira Pessoa. Había nacido en junio de 1888 en el cuarto piso del número 4 del Largo de São Carlos. Un niño enfermizo, de constitución endeble, toda su infancia anginas, toses huecas,



estornudos y olor a linimento; las costillas marcadas en el pecho, la piel de una palidez inmaterial y los ojos oscuros, húmedos como el clima, y marcados por una sombra de fatalidad, pelo corto y labios apretados.

Tuvo siempre pánico a las tormentas, los relámpagos que cortaban el cielo, luminosos, como quien rasga en dos una tela, y un miedo irracional a la locura. Su abuela, Dionisia Estrela, loca, vivía con ellos, y recordaba siempre con pavor sus ataques: el rostro desencajado, remotamente humano, sus manos como garfios sarmentosos y su pelo flamígero, blanco como una aparición, que parecía agitado por una tempestad de vientos embrujados, gritos histéricos



y un extraño vigor atolondrado que los cubría de insultos y palabras obscenas. Tal vez por eso, tuvo desde pequeño, siempre a su alrededor, una constelación de espectros protectores: invisibles compañeros de juegos, invisibles amigos, confidentes, para quienes buscaba nombres exóticos y de regusto temerario: el capitán Thibeau, el Chevalier de Pas... Personajes de ese teatro sin escenario en el que convertiría su vida, con el que se alejaba de aquel visillo oscuro de la enajenación, el delirio.

Con cinco años perdió a su padre, Joaquim de Seabra Pessoa, funcionario de la Secretaría de Estado y crítico musical del *Diário de Notícias*, víctima de una tuberculosis que le obli-